

Las buenas maneras de Carlos Vitale

CREO que era Hemingway el que decía que el componente fundamental del *kit* del escritor es la papelera. Yo no sé cuál es el tamaño de la papelera de Carlos Vitale, no sé ni siquiera si tiene papelera, pero sí que sé que es un escritor escaso, de pocas palabras. Su poesía completa, o casi completa, con poemas, o poemillas, escritos a lo largo de más de 30 años, que también publicó Candaya, consta de cuatro libros que caben en un volumen de apenas 160 páginas, con mucho papel en blanco, que se titula *Unidad de lugar*. Ahora Carlos ha publicado su prosa completa, o casi completa, que es un libro de poco más de 100 páginas, también con letra grande y mucho papel en blanco, que se titula *Descortesía del suicida* y que recoge textos escritos a lo largo de 14 ó 15 años. Ambos libros constituyen trabajos en progreso, en lento y demorado progreso seguramente, puesto que Carlos Vitale concibe esos dos libros como dos *corpus*, o corpúsculos, uno poético y otro en prosa, que deberían seguir creciendo con el paso del tiempo, aunque, eso sí, muy poquito a poco.

Si Carlos Vitale es un autor de pocas palabras, también es un hombre que da pocas pistas a los críticos. Cuando tiene que hablar de su obra, suele contestar lacónicamente «No sé». No le preocupan las cuestiones

de género y le molestan las etiquetas y las categorías demasiado cerradas. Ha dicho alguna vez que le resulta difícil separar al narrador del poeta. Ha dicho que no tiene método, o métodos, de escritura. Ha dicho que su estilo escapa a su voluntad y que si escribe poemas cortos y prosas cortas es porque no le sale otra cosa. No le gusta ni lo de minimalista ni lo de conceptual. Ha dicho también que *Descortesía del suicida* no es un libro de relatos breves, o hiperbreves, sino una especie de ensaladilla rusa en la que conviven narraciones, aforismos, chistes, anécdotas y breves poemas en prosa que hubieran cabido perfectamente en un libro de poesía.

Hay dos maneras canónicas de entender lo de las «pocas palabras». La primera sería pensar que las palabras, aunque sean muchas, siempre son pocas. En un texto clásico de Valente sobre «la cortedad del decir» («La hermenéutica y la cortedad del decir» en *Las palabras de la tribu*), Valente comenta unos versos del canto xxxiii de la *Divina Comedia*: «Y lo que luego vi no cabe en el lenguaje nuestro que a tal visión sucumbe, igual que la memoria sucumbió a tanto exceso... En adelante será más corta mi palabra, para lo poco incluso que recuerdo, que la de un niño cuya lengua aún busca la leche de la madre. Oh, qué corto el decir e insuficiente, para expresar mi pensa-

miento». Tanto el artículo de Valente como los versos de Dante tienen que ver con eso de la insuficiencia de la lengua para decir la extraordinaria riqueza del mundo, para decir lo indecible, eso de que la lengua no alcanza porque las palabras son siempre demasiado pocas y lo que habría que decir es siempre demasiado mucho. La otra manera es exactamente inversa y consiste en pensar que las palabras, aunque sean pocas, siempre son demasiadas. Ezra Pound en *Personae. Los poemas breves*, habla de los escritores que «se quejan con métrica delicada y exhausta de que la contracción de tres nervios en el abdomen sea incapaz de producir un Nirvana que dure». Si antes teníamos la insuficiencia de la lengua para decir lo indecible, aquí tenemos el exceso de la lengua, las demasiadas palabras, para lo poco que habría que decir. Aquí el problema estaría en nuestra grandilocuencia o, lo que es lo mismo, en la grandilocuencia de la lengua misma que tiende a añadir sentido y más sentido a lo que en definitiva no es para tanto.

Yo creo que a Carlos Vitale no le conviene ninguna de esas dos formas de entender lo de las pocas palabras. Él rechazaría también esa dicotomía, como rechaza siempre cualquier postura, o cualquier impostura, de carácter teórico, y nos diría que las palabras no son ni demasiado pocas ni demasiado muchas, sino que son las que son, las que nos salen, las que hay, las que nos pasan, no las que queremos sino las que podemos, o las que nos pueden, las que nos son dadas, las que

nos caben, las que convienen al modo de ser y de hablar y de pensar y de estar en el mundo de una determinada persona a lo largo de un determinado tiempo. Y a mí me parece que Carlos Vitale es un hombre de pocas palabras simplemente por educación, por cortesía, por discreción, por no molestar, por no ocupar ni demasiado tiempo ni demasiado espacio en la vida de los otros, en el tiempo y en el espacio de los otros, porque es un hombre contenido, comedido, porque esa es su manera de entender la amabilidad, porque esa es su manera de practicar las buenas maneras.

El texto que da título al libro es ejemplar al respecto: «En la estación de Can Boixeres una mujer protestaba por la detención de los trenes. En la estación de Sants un hombre se había arrojado a las vías. En la estación de Can Boixeres una mujer protestaba por los constantes suicidios en las horas de máxima afluencia de público». Su eficacia se deriva de la conexión, a través de la vía del metro, de dos acontecimientos inconmensurables: el suicidio de un hombre y el retraso de una mujer. Cada uno de los personajes va a lo suyo: al suicida se le suda la prisa de la mujer, y a la mujer le da completamente igual la desesperación del suicida. Pero las vías los conectan y, en la ciudad, todo está relacionado, todo tiene que ver con todo. La protesta de la mujer está motivada por la desesperación del suicida, y seguramente la desesperación del suicida está motivada porque en esta ciudad, en esta vida, en este mundo, en

esta red de nudos, de relaciones, de conexiones e interconexiones, cada cual va a lo suyo y a nadie le importa nadie. Ambos acontecimientos están infinitamente separados pero, al mismo tiempo, es como si cada uno de ellos se alimentara del otro, se explicase por el otro.

Hay dos lecturas morales de la historia. La primera: hay que ver qué insensibilidad la de la mujer de Can Boixeres que, ante la muerte de un hombre, sólo se le ocurre quejarse por la interrupción de la circulación. La segunda: hay que ver qué falta de modales la del hombre de Sants, que podía haberse suicidado en su casa, o en cualquier rincón solitario y apartado, sin molestar a nadie. Puesto que el título es «Descortesía del suicida», parece que Carlos se inclina por la segunda hipótesis: el maleducado es el hombre de Sants. Pero los títulos de Vitale no siempre son rectos, o transparentes, y de buenas a primeras la que te cae mal es la mujer de Can Boixeres. Pero enseguida nos damos cuenta de que ambos comparten los malos modales porque ambos hablan demasiado alto cuando podrían ser un poco más discretos. Si te quieres suicidar, parece decirnos Carlos Vitale, no lo digas tan alto, no hace falta que todo el mundo se entere, no interrumpas el tráfico, no jodas a la gente, que tampoco es para tanto. Y si llegas tarde, tampoco lo digas tan alto, sé un poquito más respetuosa, un poquito más silenciosa, un poquito mejor educada, que tampoco es para tanto.

Ya he cometido la descortesía de dedicar casi treinta líneas a comentar un texto de apenas cuatro, pero todavía voy a abusar un poco más de la amabilidad de los lectores. Y es que cualquier texto de un escritor, aunque hable de lo que pasa en el metro, habla también de otra cosa, siempre habla de otra cosa. Antes se decía que todos los poemas eran de amor. Ahora el amor ya no da para más, y se ha puesto de moda decir que cualquier texto, trate de lo que trate, de lo que en realidad trata es de la escritura. A lo mejor podríamos pensar que «Descortesía del suicida» dice algo sobre ese tipo particular de escritura que llamamos literatura.

El hombre de Sants sería el escritor suicida, de esos que escriben con sangre, de esos que hacen de la escritura un juego en el límite de la muerte, de esos que se juegan la vida, de esos a los que les gustaría interrumpir de una vez la circulación, la lógica banal e implacable de la producción y el consumo, con algo más arriesgado, más dramático, más auténtico, más verdadero. Seguro que ya se les han ocurrido algunos nombres. La mujer de Can Boixeres, por su parte, encarnaría al escritor circulante, al que quiere circular y entrar en los círculos y en los circuitos, al que se ajusta a los flujos del público y trata de que no se interrumpen, ese que siempre va corriendo para no llegar tarde, para estar donde tiene que estar a la hora que tiene que estar. Y también habrán pensado ya en algunos nombres. Ambos inconmensurables, co-

mo si pertenecieran a planetas distintos, pero, al mismo tiempo, conectados. Ambos igualmente altisonantes, igualmente maleducados.

¿Dónde estaría Carlos Vitale? Yo creo que en un rincón del andén, de cualquiera de los dos andenes, taciturno, pensativo, un poco irónico, un poco triste también, un poco decepcionado, diciéndose a sí mismo algo así como «hay que ver cómo es la gente» o «qué cosas tiene la vida». Y podríamos seguir con la historia. Porque lo que tienen los breves es dar una impresión súbita, instantánea, como de clic de máquina de fotografiar, que invitan a leerlos deprisa, pero «para luego volverlos a leer, y una vez más, y otra, y cada vez que los leemos nos parece que aún no se han terminado» (John L'Hereux, en Robert Shapard y James Thomas, *Ficción súbita. Relatos ultracortos norteamericanos*). Por eso la escritura es corta, pero la lectura es larga, a veces muy larga.

Tengo un amigo que dice que los dos grandes temas de la filosofía son la vida y la muerte, *eros* y *thanatos*, pero yo, seguramente menos dramático, pienso que los dos grandes temas de la filosofía y, seguramente, de la literatura son: «qué cosas tiene la vida» y «hay que ver cómo pasa el tiempo». Y eso es *Descortesía del suicida*, una serie de textos irónicos, inteligentes, mordaces, a veces melancólicos, a veces atravesados de poesía, sobre esas cosas que tiene la vida, tan sencillas y a la vez tan misteriosas, como un hombre que se tira al tren o una mujer que se impacienta, y sobre lo que nos pa-

sa, a todos y a la vez a cada uno, con el paso del paso del tiempo. Y textos, además, que huyen de cualquier grandilocuencia, de cualquier dramatismo impostado como el del hombre de Sants, de cualquier efectismo histérico como el de la mujer de Can Boixeres, y que precisamente por eso están rebosantes de educación, de agudeza, de discreción y de buenas maneras.

Otro escritor argentino, César Fernández Moreno, también maestro de la brevedad, también poeta, un hombre que termina su autobiografía diciendo «sólo tuve tiempo de ganarme el pan y de hablar un poco», escribe lo siguiente en uno de sus *Ambages* titulado «Arte poética actualizada»: «la función de las artes en el siglo xx es no joder». No joder con la impaciencia, que no es para tanto. Y no joder con la desesperación, que tampoco es para tanto. Y no joder significa también ser un poco más educados, un poco más comedidos, un poco más discretos, un poco más silenciosos. No joder significa guardar las distancias, saber estar pero también saber no estar, escribir pero también no escribir, usar mucho la papelera, saber abstenerse. Porque, en definitiva, si a nadie le importa demasiado, es porque tampoco será demasiado importante. Y eso, no darse demasiada importancia, no es otra cosa que buena educación. —JORGE LARROSA.

Carlos Vitale, *Descortesía del suicida*, Canet de Mar, Candaya, 2008.